

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARIAS MERTOLA, CANÓNICO LECTORAL

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo.

(GEN. CAP. II, VERS. 2 y 3.)



Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la Ley de Dios.)

APÁRTATE DE LO MALO Y HAZ LO BUENO. (1)

Diverte á malo et
fac bonum.
Psal. 35.

(Continuacion.)

¿Puede darse nada más excelente, más edificante y consolador que la doctrina de la *oracion dominical*? ¿Hay nada más dulce que el título de padre! Padre! palabra de naturaleza, de amor, de ternura, de confianza y veneracion? ¿Hay nada más digno de un hijo agradecido que pronunciar con respeto, con veneracion y cariño el nombre de su padre? Somos hijos de Dios. El nos manda que le llamemos Padre, Padre nuestro! Reconociéndonos y amándonos como hermanos, nos ha enseñado la manera de orar, de dirigirnos á su bondad infinita desde el abismo de nuestra profunda miseria, y ha pro-

metido acceder á nuestras peticiones si pedimos con fé, con humildad, confianza y discrecion.

La excelencia del Santo Rosario resplandece con nuevo brillo en las Ave Marías que rezamos despues del *Padre nuestro*. Llámase *Salterio* el Santo Rosario, porque se compone de ciento cincuenta *Ave Marias*, que corresponden á los ciento cincuenta salmos de David. Segun San Alberto Magno, las rosas de Jericó tienen ciento cincuenta hojas. ¿Y nó es verdad que con las ciento cincuenta Ave Marías tejemos una corona de alabanzas á la Santísima Virgen, comparada en el libro del *Eclesiástico* á la rosa de Jericó? Cantamos el *Salterio* de la Virgen empezando con las palabras del Angel, asunto inagotable de las alabanzas querúbicas y humanas, revelacion consoladora del misterio escondido en los siglos, continuamos repitiendo el

(1) Véase el núm. 20,

saludo de Santa Isabel, recordando los misterios de la Redención, y con las bendiciones y plegarias de la Iglesia, la gloria, honor y alabanzas que damos á cada decena al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, queda reunido y ordenado el adorable material que sirvió para componer el Santo Rosario y que la Virgen entregó á Santo Domingo para destruir las heregias y confirmar á los fieles en la fé de Jesucristo y en el amor á su Santísima Madre. ¿Conoceis ahora las excelencias del Santo Rosario? ¿No es una canción gozosa, tiernísima, entonada por la fé, la esperanza y la caridad en honor de la que en el cielo se llama Reina y en la tierra Madre? ¿Qué devoción conocemos tan excelente, tan repetida, tan propagada como el Santo Rosario? De aquí la fé viva, la esperanza firmísima y la tierna insistencia con que los pueblos cristianos, los verdaderos católicos y las familias piadosas acuden por medio de la *Reina de las devociones* á la Madre del amor hermoso y de la santa esperanza. En efecto; el Santo Rosario merece ese título por su maravillosa eficacia.

¿No es el Santo Rosario una corona de rosas delicadas nacidas en el cielo y del cielo enviadas á la tierra para que fuesen luz de los ciegos, medicina de los enfermos, estímulo de los tibios y sabroso alimento de los fervorosos? El Señor ha dicho

que pidamos y recibiremos, que busquemos y encontraremos, que llamemos y se nos abrirán las puertas de su misericordia y las fuentes de su bondad. Si la oración penetra los cielos y cuenta con las promesas de Dios, confiemos que el Santo Rosario, rezado con atención, humildad y fervor, nos alcanzará del Señor todo género de gracias, beneficios y consuelos. Tenemos en María una Reina poderosa y una Madre amantísima. Como Reina, tiene en sus manos la llave de los divinos tesoros; como Madre, se complace en favorecer con prontitud y largueza á todos sus hijos necesitados de luz, amparo y consuelo. Por eso su corazón de Reina y su ternura de Madre se inclinan dulcemente hácia nosotros cuando la invocamos con nombres y títulos que expresan sus grandezas incomparables á la par que su poder y valimiento en el cielo, su maternal solicitud y su amor nunca desmentido para con los hijos adoptivos, que por entre escollos y precipicios caminamos hácia la eterna felicidad de la patria bienaventurada. Gozosa canción entonamos, y muy grata á los oídos de nuestra Madre cuando la llamamos en el Santo Rosario Reina de misericordia, Madre de la gracia, rosa mística, torre de David, casa de oro, puerta del cielo, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, auxilio de los cristianos, debeladora

de las heregías, dadora de las victorias, pacificadora de las naciones, corredentora del mundo, vida, dulzura y esperanza nuestra. Por medio del Santo Rosario se destruyeron las heregías que afligian á la Iglesia y asolaban la sociedad. Por medio del Santo Rosario se alcanzaron mil victorias, mil trofeos, se llevaron á glorioso remate cien hechos de armas y sitios famosos como en Ostia, Lepanto y Granada donde al eco de las Ave Marias se derribaron los baluartes del error y los muros de la barbarie, donde el pendon de la Virgen fué la bandera de los ejércitos cristianos, señal de esperanza, motivo de heroico valor en el ánimo de los soldados y asunto de pavor para los ejércitos enemigos. Con esta oracion vienen á penitencia los pecadores, toman aliento los débiles, se enfervorizan los tibios, se animan los cobardes y todos, segun la medida de su devocion, celebran, cantan y glorifican á Maria en el Santo Rosario, escudo de fortaleza, estandarte de civilizacion, torre inespugnable y señal infalible de triunfos infinitos. Rezan el Rosario los sábios y reciben nuevas luces de la que se llama *la sede de la sabiduria*; lo rezan los grandes, los santos, los varones doctos, los hombres eminentes, como los pobres y humildes, gozosos de confesar en presencia del cielo y de la tierra, que son pecadores necesitados de la gracia, de

la luz, de la fé y de los divinos auxilios que desean obtener por los ruegos é intercesion amorosa de la Madre de Dios.

El Rosario es la oracion que aprende el pobre para buscar alivio en su indigencia, consuelo en sus angustias y resignacion en sus trabajos; es la oracion que reza el enfermo para impetrar, mediante la intercesion de la Virgen, la luz del cielo y la fuerza de la gracia, para atravesar felizmente los tenebrosos umbrales de la eternidad; es la oracion del anciano que próximo á partir de este mundo se encomienda á la Virgen y espera tenerla á su lado en el último instante para morir en el ósculo de su Dios; es la oracion del pecador que, atormentado por el remordimiento, se cobija, para alcanzar el perdon de sus culpas y la paz de su agitado corazon, bajo el manto amoroso de la que lleva por título *Refugio de los pecadores*; es la oracion del atribulado que se dirige, entre suspiros y sollozos, en demanda de consuelo á la excelsa Emperatriz que se llama *Consuelo* de los afligidos; es la oracion del naufrago que, viéndose privado de todo auxilio en medio de un mar furioso y á punto de sumergirse en los abismos, invoca con fé ardiente á la Estrella de los mares; es la oracion del sentenciado á muerte que acude á la Madre de misericordia, por medio del Santo Rosario, para obtener de

su Hijo el perdón de sus crímenes, y aquella dulcísima promesa que hizo en la Cruz al buen ladrón en premio de su fé humilde y sincero arrepentimiento; es la oración de los pueblos unidos á su Pastor, del Padre con sus hijos, del maestro con sus discípulos; es la oración de todo el mundo cristiano que de un polo á otro polo, en todas las playas y bajo todos los soles canta, celebra y glorifica en armonioso concierto de plegarias y alabanzas los escelsos privilegios, las virtudes eminentes y el poderoso patrocinio de la Madre de Dios y Madre querida de los hombres; es la oración que nuestro amantísimo Padre recomienda á todos los católicos para alcanzar, por medio de una Cruzada de fervorosas plegarias, la libertad de la Iglesia oprimida por los mundanos poderes, y la salvación del mundo amenazado de espantosos cataclismos. Pidamos, pues, y cantemos. Leon XIII, nuestro Padre, gime en la mayor amargura, el Vicario de Jesucristo ha levantado su voz y con triste acento ha dicho al mundo cristiano que no hay remedio más que en el cielo para los grandes y profundos males que sufrimos los moradores de la tierra. La admirable Encíclica que empieza *Supremi Apostolatus officio* es el eco del dolor acerbo que desgarró cruelmente el corazón de nuestro Padre y la expresión tan exacta como desconsoladora

de las inmensas desgracias que afligen á las naciones y de la tristísima situación en que se halla la Iglesia, madre y maestra del mundo de las almas.

Pidamos, pues, y trabajemos. Que la devoción del Santo Rosario sea nuestro grito de guerra, nuestra enseñanza de esperanza, de consuelo y de salud. Por María se salvó el mundo en lo pasado; si hay salud para el mundo moderno, si no estamos condenados á perecer en este diluvio de errores, de pasiones y de crímenes horrendos; si hay salvación para el individuo, para la familia y la sociedad, ha de venir por Jesucristo, único Salvador; y Jesucristo, que fué dado al mundo antiguo por María, no vendrá al mundo moderno que le ha rechazado, sino es por medio de María, su Madre, madre también del género humano, redimido con el sacrificio de la cruz, á precio de sangre y de lágrimas. Pidamos, pues, á la Virgen por medio del Santo Rosario que nos muestre á Jesús, fruto bendito de su vientre virginal, que dé al mundo necesitado de luz y hambriento de justicia ese fruto de verdad, de justicia y misericordia; que envíe á tantas almas ciegas y enfermas el conocimiento de su Hijo y las medicinas de su gracia. Confesemos con pena y dolor que todos nuestros males provienen de ese indiferentismo religioso que se ha apoderado de las almas, de las

familias y de todas las clases de la sociedad. Hace poco tiempo no había un cristiano, no había un español que no llevara el rosario consigo, ni familia que dejara de rezarlo en comun. Hoy se avergüenzan de estas prácticas sublimes muchos españoles que no temen hacer alarde de ideas extrañas, de costumbres perversas y aún de estúpida impiedad; hoy son pocas las familias que practican en comun las devociones cristianas tan puras y sencillas. Sed vosotros devotos constantes y fervorosos de María, tomad del Santo Rosario como David del torrente Cedron las piedras misteriosas, las cinco decenas, y con ellas vencereis al gigante del abismo, astuto y temeroso enemigo de vuestra dicha; practicad esa devocion tan tierna como saludable y consoladora, honrad á la Virgen, amad á vuestra Madre, vivid como buenos cristianos, con el cristianismo que ora, que confiesa y que comulga, y morireis como los Santos, en gracia y amistad de Dios que os dará la bienaventura eterna.

*
* *

LA OTRA VIDA.

Estamos en el mes de Noviembre, destinado al recuerdo de los que fueron y no son, mediante las oraciones que por ellos hacemos á Dios Nuestro Señor.

Hoy, más que nunca, tiene gran-

de interés este dogma católico sobre la *otra vida*, por el empeño con que una ciencia materialista y un mundo entregado por completo á lo positivo lo niegan.

No es una vana curiosidad la que mueve el espíritu del hombre á averiguar el término de la vida y el secreto del destino humano.

El espectáculo de este mundo, en donde el honor, la justicia y la verdad son á menudo desdeñados ó vencidos por la violencia, la injusticia y el error; la ruda muerte que rompe, con la rapidez del rayo y la violencia de la cólera, afeciones que parecian eternas y esperanzas de un largo porvenir; el fastidio inexorable del cual habla Bossuet, que constituye el fondo de la vida humana, y la agitacion inquieta del alma que busca el reposo en la estabilidad, y que encuentra dificilmente una parada en su marcha fatigosa y anhelante; el término de la vida que se acerca con las ilusiones perdidas, los amigos desaparecidos, los ánimos de la juventud ahogados por la impotencia y por la duda que parecen invadir la razon, todo demuestra al hombre desengañado que la vida presente es una obra incompleta, que ella es un fragmento, poco conocido por otra parte, de un plan más grandioso, cuyo conjunto es la expresion menos imperfecta de la inteligente sabiduría de su autor; todo convida al hombre á

preguntar á los representantes, los más escuchados por su ciencia, la solución del problema del destino humano, el conocimiento del día inmediato despues de la muerte.

El hombre escucha las diferentes respuestas, contradictorias, del pensamiento inquieto y confuso de los filósofos que tienen la pretensión de hablar en nombre de la ciencia. ¿Estamos destinados á perder en un día la personalidad, la conciencia y la memoria, y á desaparecer completamente en el torbellino de la vida, como la materia orgánica é inorgánica, como los minerales, las plantas y los animales? ¿La balanza de precisión del químico ha pesado al hombre todo, cuando pesa los átomos de su cuerpo? ¿Será verdad, como enseñan los positivistas modernos, que las cuestiones de origen y de destino escapan á los esfuerzos indiscretos y dolorosos de la atención, y que la ciencia debe mirarlos con menosprecio? ¿Será verdad que estamos dominados por la ley rigurosa de la fatalidad, y las tablas anuales de estadística criminal pueden establecer, por la demostración del período temible de los crímenes, que el hombre es arrastrado, como los animales, por una fuerza irresistible que no lleva en pos de sí ni recompensa ni castigo?

La idea de un Dios distinto de la naturaleza es una quimera, y toda la naturaleza no es más que la en-

voltura exterior, material y eterna de un alma que es Dios?

El hombre oye las respuestas de la filosofía contemporánea que oculta, bajo expresiones barbaras, la pobreza ó desnudez de ideas las más contrarias á los principios fundamentales de la ciencia y de la moral; pero, por un esfuerzo vigoroso de la razón, él franquea estas regiones desconsoladoras de la negación y esta espesura de sistemas sin autoridad, penetra en una región, mejor alumbrada y más tranquila, y despues de haber interrogado los testimonios de los pueblos, los atributos divinos, la naturaleza misma del alma, él afirma su creencia razonada é incommovible de la inmortalidad personal, y se atreve á formular á Dios, segun dice Jouffroy, esta levantada y melancólica cuestión:—«Adónde voy, y cuál será «mi vida despues de la muerte?»

El hombre se examina y se cree inmortal. Lo que le atormenta, en las horas terribles de su vida, no es el saber si debe existir todavía despues de la muerte, sino el deseo de conocer la tierra nueva y misteriosa que debe habitar, las condiciones particulares de su segunda existencia, su estado y sus relaciones con aquellos que él ha amado y de los cuales muy pronto va á separarse.

—
La razón demuestra con firmeza la inmortalidad del alma, y allí se

detiene: y como un viajero llegado penosamente á la cima de una elevada montaña, el hombre espera que una ráfaga de viento desgarre el velo que oculta á su vista el panorama grandioso del cual sospecha la belleza, sin poderla contemplar.

La religion cristiana, cuya teología es la expresion científica, responde á las inquietudes de la conciencia y á las preocupaciones más elevadas de la razon. Ella no levanta sin duda, enteramente, el velo que nos oculta la economía completa de la vida futura, pero se apoya en la palabra misma de Dios, que no puede engañar, para enseñarnos lo que es preciso temer y lo que es preciso esperar, y arroja vivas y consoladoras claridades sobre el porvenir de los justos y sobre el estado glorioso de los cuerpos resucitados.

Esta marcha natural y firme de la razon en el estudio del problema de la vida futura nos indica el orden que debemos seguir en estas indagaciones. Partiendo de la certeza científica y rigurosa del dogma de la inmortalidad personal del hombre, podemos fácilmente refutar las negaciones de los filósofos contemporáneos y deshacer las teorías diversas de los apóstoles de la metempsicosis y de las reencarnaciones siderales, haciendo aparecer claramente la verdad de las enseñanzas cristianas. Y del propio modo que Dan-

te, llegado con Beatriz á la esfera más elevada de los cielos, considerar con amor este vasto reino, lleno de alegría y de paz, en donde los bienaventurados brillan con claridad igual á sus méritos, contemplando con delicia las maravillas infinitas de la esencia divina.

Con la ayuda de los maestros autorizados en la ciencia teológica, nuestro espíritu puede elevarse á las regiones consoladoras del paraíso, apartando los ojos del triste espectáculo de una sociedad egoísta y locamente insegura de su día de mañana.

*

**

MES DE NOVIEMBRE.

Mes de las ánimas del purgatorio.

Hé aquí un mes que debe ser muy grato á las almas piadosas que todavía combaten en esta vida de destierro. Son los hermanos en la Iglesia purgante que llaman y acuden á nuestra generosidad. ¡Qué triste paralelo, dice San Cirilo, se puede establecer entre el purgatorio y la tierra! En esta prision, las almas sufren en medio del fuego tormentos inesplicables, y sobre la tierra nadie se digna hacer atencion, ninguno presta oidos á sus ruegos, ni se conmueve por sus quejas, ni piensa llevarles consuelos y auxilios.

Por lo menos, que el mes consa-

grado á estas almas benditas repare el olvido en que las hemos dejado durante el resto del año. Dejemos hablar con toda libertad la voz de la naturaleza, de la religion y de la patria, los gritos de la sangre, de la amistad y del reconocimiento, nuestras obligaciones ó nuestras promesas. ¡Cuántas personas que nos estaban unidas por los lazos de la sangre y de la amistad gimen todavía en las llamas vengadoras de la justicia divina, y nosotros no pensamos en que con nuestras buenas obras podemos conducir las al cielo!

¿Sabemos la malicia y el número de sus faltas? ¿Conocemos la estension de los rigores divinos? ¿Nó nos hacemos ilusiones sobre el valor de nuestros propios méritos? ¿Nó hay lugar á temer, si prestamos atencion á estas razones, que los que creemos ya dichosos en el cielo, no gimen por mucho tiempo en los fuegos del purgatorio, abandonados por nosotros? Y además, aunque no fuera así, ¿nuestros sufragios serian perdidos? ¡Pobres almas que no tienen amigo alguno en la tierra! ¡Cuántas pobres almas, abandonadas por los más cercanos, reclaman á grandes gritos el auxilio de nuestras oraciones! Ellas no son extranjeras para nosotros; además de la fraternidad universal que reúne á toda la posteridad de Adán, viene á añadirse otro lazo más fuerte y más íntimo, el de la religion. Ellas son, como nosotros, miembros de la Iglesia; los elegidos de esta sociedad de la cual Jesucristo es el gefe: *Christus caput ecclesie*. ¿Los miembros de un mismo cuerpo se pueden considerar entre sí como

extraños? ¿El uno no sentirá los dolores del otro? ¿Y podrá rehusarle su auxilio?

Apresurémonos, pues, al alivio de nuestros hermanos difuntos: *Mortuo non prohibeas gratiam*. Muchos medios tenemos á nuestra disposicion, y es fácil emplearlos cuando hay un poco de buena voluntad.

¿Por qué, en el curso de este mes bendito, no imponerse todos alguna privacion, para hacer oraciones por nuestros difuntos? ¿Por qué no hacer, á su intencion, alguna limosna más ó menos abundante? ¿Por qué no consagrar cada día de este mes por un ejercicio de piedad, como se hace en el mes de María?

Nosotros podemos aplicarles todos los méritos de nuestras buenas obras, las indulgencias que ganemos y las comuniones que hagamos.

Muchas personas piadosas no recitan jamás el *Angelus* por la mañana, al mediodía y por la tarde, ni visitan el Santísimo Sacramento sin añadir un *Padre nuestro* y un *Ave María* por las almas del purgatorio.

Imitemos todos esta piadosa costumbre durante este mes, y en una palabra, empleemos todos los medios que la caridad cristiana nos sugiera para rescatar, ó al menos aliviar, á estas pobres almas. Ellas no olvidarán á sus bienhechores, y Jesucristo nos devolverá centuplicado todo el bien que habremos hecho á sus miembros purgantes.

—¡Santas ánimas del Purgatorio, predestinadas por Dios de toda eternidad para la felicidad eterna, por el poder que teneis cerca de Dios y de la Virgen Inmaculada, rogad por la Iglesia universal.!